

CONSEJO PERMANENTE



OEA/Ser.G
CP/ACTA 1202/99
22 septiembre 1999

ACTA
DE LA SESIÓN PROTOCOLAR
CELEBRADA
EL 22 DE SEPTIEMBRE DE 1999

En honor de la visita del Excelentísimo
señor Hugo Chávez Frías,
Presidente de Venezuela

ÍNDICE

	<u>Página</u>
Nómina de los Representantes que asistieron a la sesión.....	1
Palabras del Presidente del Consejo Permanente.....	2
Palabras del Secretario General.....	3
Palabras del Presidente de Venezuela	7

CONSEJO PERMANENTE DE LA ORGANIZACIÓN DE LOS ESTADOS AMERICANOS

ACTA DE LA SESIÓN PROTOCOLAR CELEBRADA EL 22 DE SEPTIEMBRE DE 1999

En la ciudad de Washington, a las once y veinticinco de la mañana del miércoles 22 de septiembre de 1999, celebró sesión protocolar el Consejo Permanente de la Organización de los Estados Americanos en honor de la visita del excelentísimo señor Hugo Chávez Frías, Presidente de Venezuela. Presidió la sesión el Embajador Arlington Griffith Butler, Representante Permanente de las Bahamas y Presidente del Consejo Permanente. Asistieron los siguientes miembros:

Embajador Lawrence Chewing Fábrega, Representante Permanente de Panamá
Embajador Kingsley C.A. Layne, CMG, Representante Permanente de San Vicente y las Granadinas
Embajador Richard Bernal, Representante Permanente de Jamaica
Embajador M.A. Odeen Ishmael, Representante Permanente de Guyana
Embajador Denis G. Antoine, Representante Permanente de Grenada
Embajador Lionel Alexander Hurst, Representante Permanente de Antigua y Barbuda
Embajador Mauricio Granillo Barrera, Representante Permanente de El Salvador
Embajador James Schofield Murphy, Representante Permanente de Belice
Embajador Flavio Darío Espinal, Representante Permanente de la República Dominicana
Embajador Carlos Portales, Representante Permanente de Chile
Embajador Peter M. Boehm, Representante Permanente del Canadá
Embajadora Sonia Merlyn Johnny, Representante Permanente de Santa Lucía
Embajador Victor Marrero, Representante Permanente de los Estados Unidos
Embajador Michael Anthony Arneaud, Representante Permanente de Trinidad y Tobago
Embajadora Marlene Fernández del Granado, Representante Permanente de Bolivia
Embajadora Laura Elena Núñez de Ponce, Representante Permanente de Honduras
Embajador Carlos Alberto Leite Barbosa, Representante Permanente del Brasil
Embajador Claude Heller, Representante Permanente de México
Embajador Hernán R. Castro H., Representante Permanente de Costa Rica
Embajador Luis Alfredo Ramos, Representante Permanente de Colombia
Embajador Patricio Vivanco, Representante Permanente del Ecuador
Embajador Álvaro Sevilla Siero, Representante Permanente de Nicaragua
Embajadora Virginia Margarita Contreras Navarrete, Representante Permanente de Venezuela
Ministro Consejero Guy Pierre, Representante Interino de Haití
Ministro Juan José Arcuri, Representante Interino de la Argentina
Embajador Álvaro Moerzinger, Representante Interino del Uruguay
Primera Secretaria Edda D. Dumont-Adolph, Representante Alterna del Commonwealth de las Bahamas
Ministra Elizabeth Astete, Representante Alterna del Perú
Consejero Julio César Arriola Ramírez, Representante Alterno del Paraguay
Primer Secretario Philip St. Hill, Representante Alterno de Barbados
Ministra María Mercedes Andrade Siguí, Representante Alterna de Guatemala
Segundo Secretario Henry Leonard Mac-Donald, Representante Alterno de Suriname
Ministro Consejero Kevin Isaac, Representante Alterno de Saint Kitts y Nevis
Ministro Consejero Michael Wallace, Representante Alterno del Commonwealth de Dominica

También estuvieron presentes el Secretario General de la Organización, doctor César Gaviria, y el Secretario General Adjunto, Embajador Christopher R. Thomas, Secretario del Consejo Permanente.

El PRESIDENTE: Good morning, ladies and gentlemen. I am pleased to call to order this protocolary meeting of the Permanent Council of the Organization of American States, convened in honor of His Excellency Mr. Hugo Chávez Frías, President of the Republic of Venezuela. Ladies and gentlemen, please stand for the arrival of the President of Venezuela, His Excellency Hugo Chávez Frías.

[Acompañado del Secretario General y el Ministro de Relaciones Exteriores de Venezuela, ingresa al salón el Presidente de Venezuela, señor Hugo Chávez Frías.] [Aplausos.]

PALABRAS DEL PRESIDENTE DEL CONSEJO PERMANENTE

El PRESIDENTE: Mr. President of the Republic of Venezuela, Mr. Secretary General, Mr. Assistant Secretary General, distinguished representatives, permanent observers, ladies and gentlemen:

As Chair of the Permanent Council and on behalf of all my colleagues, I am honored and pleased to extend to you, President Chávez, our most cordial welcome to the home of the family of the Americas.

Mr. President, throughout the history of the Organization of American States, Venezuela has demonstrated its firm commitment to the fundamental principles enshrined in our Charter. We are pleased to note that under your leadership, Venezuela is charting a course of reform and renewal, true to the long cherished ideals and aspirations of Simón Bolívar. Our organization endorses and shares the regional pride in the legacy of Bolívar, as exemplified by our fervent and determined endeavors to secure peace, democracy, and integration for the peoples of this hemisphere.

It is not a humble boast but rather a proud declaration that our organization was conceptualized at the Assembly of Free Nations of the Americas, held in Panama at the initiative of Bolívar, the Liberator, at a time when many of our nations were still becoming independent states. In the proposal for that meeting, Bolívar wrote from Lima in 1824:

The day that our plenipotentiary ministers exchange their accreditation will inaugurate an immortal epoch in the diplomatic history of America.

The member states of this organization have brought to fruition this vision of Bolívar, having unified the will, efforts, and resources of diverse cultural, social, and economic realities for the benefit of one hemispheric citizenry.

Under your presidency, we witness Venezuela's continued dedication to the ideal of hemispheric cooperation and devoted interest to the foremost goals of our agenda—democracy and human rights. Venezuela is constantly playing its role through the sound innovation and enlightened intervention of your country's distinguished Permanent Representative, Ambassador Virginia Contreras, and her team.

Mr. President, on behalf of the members of the Permanent Council of the OAS and on my own behalf, I extend my very best wishes for the prosperity of your country and the success of your government in achieving the notable goals that it has set for itself.

PALABRAS DEL SECRETARIO GENERAL

El PRESIDENTE: Ladies and gentlemen, it is my pleasure to now invite the Secretary General of the Organization, Dr. César Gaviria, to address this gathering. Mr. Secretary General, you have the floor. [Aplausos.]

El SECRETARIO GENERAL: Su Excelencia Hugo Chávez, Presidente de la República de Venezuela, y señora de Chávez; Su Excelencia José Vicente Rangel, Ministro de Relaciones Exteriores de la República de Venezuela; miembros de la delegación oficial; señor Presidente del Consejo Permanente; señor Secretario General Adjunto; Embajadores, señoras y señores:

Para la Organización de los Estados Americanos y su Consejo Permanente, en el cual están representados los pueblos hermanos de nuestro hemisferio, es motivo de alegría y regocijo su presencia, la de su esposa, la del señor Canciller y toda su comitiva a esta Casa de las Américas. Personalmente y encabezando la Misión de Observación Electoral de la OEA, pude dar fe en diciembre pasado de su elección en un proceso limpio y transparente. Fui testigo del enorme entusiasmo popular con el que los venezolanos celebraron su contundente e indiscutible victoria. Pude, también, percibir la devoción y la fe con las que ese pueblo espera su vigoroso liderazgo para conducir su democracia a buen puerto, su economía a la estabilidad y el crecimiento, y su sociedad a una mayor igualdad y justicia.

Las paredes de esta Casa se erigen sobre los cimientos que estableciera, hace casi doscientos años, el Libertador Simón Bolívar. Porque la historia del panamericanismo tiene en él su padre indiscutido. Ya desde la Carta de Jamaica en 1815, el Libertador comenzó a trazar lo que sería la lucha contra el colonialismo y por defender la independencia. Cuando convocó el Congreso Anfictiónico de Panamá tuvo la idea, a su vez visionaria y realista, de que en la alianza de los jóvenes Estados residía su posibilidad de supervivencia, y ese fue el sentido primigenio del Tratado de Unión, Liga y Confederación Perpetua.

Y es a partir de entonces que se empiezan a forjar los principios del derecho internacional americano: de respeto a nuestra soberanía y a la no intervención en asuntos internos; de la igualdad jurídica de los Estados; de la solución pacífica de las controversias, del derecho a la autodeterminación, o los de solidaridad y cooperación para acometer el desarrollo económico y social y también la solución de los problemas comunes. Estos principios fueron conformando una comunidad de naciones americanas como la soñó Bolívar, y nos permitieron hacer frente a los afanes de hegemonía política, de expansión territorial y de cobro de deudas en el primer siglo de nuestro devenir en el concierto de naciones.

Ellos son los cimientos de las relaciones interamericanas, basadas siempre en el respeto al derecho internacional como norma de conducta de los Estados. Esa, nuestra comunidad de naciones, es la que se ha comprometido en la empresa política y económica más ambiciosa de nuestra historia, como es la integración de todas las Américas, de Alaska a la Patagonia, de Canadá a Tierra del Fuego.

Y con el fin de la Guerra Fría hemos retomado el espíritu original de nuestra Carta, según el cual nuestras relaciones deben estar basadas en principios, y también en ideales y valores, y no simplemente en intereses. Ha sido esta una década asociada con el desarrollo de una fortalecida agenda americana, como una manera de unir voluntades, hermanar nuestras naciones y dar reglas y experiencias que nos ayuden en el difícil proceso de globalización. Y, por sobre todo, es una senda

en la que hemos dejado atrás la dictadura y el autoritarismo, y con la que hemos avanzado en la defensa y consolidación de la democracia, en la preservación de los derechos humanos, en la aplicación de los principios del desarrollo sostenible, en nuestra integración comercial, en hacer de la educación el eje de nuestro desarrollo social y en hacer frente a las amenazas contra nuestra democracia: narcotráfico, terrorismo, corrupción, impunidad, pobreza extrema. Es así como nuestros gobernantes, reunidos en las cumbres presidenciales y de primeros ministros, han interpretado el desarrollo de los ideales, que de seguro podemos llamar bolivarianos.

En ese contexto, señor Presidente, lo recibimos hoy, imbuidos de las mismas esperanzas que en usted ha depositado el pueblo venezolano. Su visita ocurre en un momento determinante para el desarrollo político, económico y social de su país, Venezuela, esa nación excepcionalmente rica en recursos naturales y humanos, exuberante en su cultura, señera en el carácter de sus nacionales.

Como lo señalé en mi posesión para un segundo período hace una semana, en América las democracias están hoy amenazadas no solo por los peligros tradicionales sino por amenazas de nuevo corte. No hay duda de que en algunos de nuestros países, de manera creciente, las instituciones pierden su vigencia y poder vinculante por la dificultad para articular las necesidades, anhelos y esperanzas de los sectores sociales más débiles; por la ineptitud para encarar los problemas de nuestro tiempo; por la incapacidad de ofrecer mejoramiento social o económico; por la imposibilidad de ofrecer estabilidad de precios; por la discriminación de que son objeto; por el creciente desempleo, o por el mayor número de los que viven en condiciones de pobreza extrema. O simplemente porque a veces la gente identifica la democracia con sus principales enemigos, creyendo que la corrupción, la terrible inseguridad de nuestras ciudades o la creciente desigualdad son parte del costo para sostenerla.

Y es de esa manera como nuestras instituciones, a los ojos de muchos, van reflejando un simple formalismo jurídico, sin mucho contenido democrático. Esto es lo que ha conducido, en países como Venezuela, a bajos niveles de participación, a una pobre evaluación de las instituciones públicas, a una notoria fatiga ciudadana y al escepticismo respecto del sistema de gobierno.

Pero aun con las muchas similitudes que podamos encontrar, la realidad que vive Venezuela no es de fácil comprensión. Un país que, a pesar de tener recursos naturales enormes, tiene un número creciente de sus habitantes viviendo bajo la línea de pobreza; donde ha habido un notable deterioro de las condiciones de igualdad de ingresos y oportunidades de trabajo; un país que, a pesar de treinta años de continuidad democrática y de un amplio ejercicio de las libertades públicas, ve emerger a una ciudadanía cansada, ansiosa y desconfiada; un país que no ha encontrado la vía para tomar algunas de las inescapables decisiones que todos deben tomar para insertarse en la economía internacional. Un país así es uno que necesita una transformación fundamental de sus instituciones políticas y, usted, Presidente Chávez, y los venezolanos están comprometidos con una ambiciosa empresa: la fundación de lo que han denominado la Quinta República.

Para llevar a cabo dicha empresa su Gobierno actuó con celeridad en dos frentes. Primero, aseguró una legislación que le ha permitido enfrentar rápidamente las consecuencias de la crisis económica internacional, que en el caso de Venezuela se ha manifestado, entre otras cosas, en una contracción del producto interno bruto del 9% durante el primer semestre del año. El Congreso de Venezuela aprobó la Ley Habilitante, primer paso del Plan Bolívar. Este y otros instrumentos de política económica le han permitido al Gobierno iniciar reformas legales en el ámbito de la administración pública, en materia financiera y tributaria y de política social. Se comienzan así a

poner los cimientos para asegurar en el mediano plazo una política fiscal disciplinada, una diversificación de la economía y la provisión a los grupos más desposeídos de acceso a la tierra, al crédito, la vivienda, la educación y la salud, dentro de las disponibilidades del Estado.

La segunda iniciativa ha sido la convocatoria de una Asamblea Nacional Constituyente. Como lo señaló en nuestra Asamblea de Guatemala el Canciller Rangel, por quien tenemos en la OEA admiración y respeto, lo que se busca es “fomentar y promover una amplia cultura para la construcción de una auténtica democracia representativa, para que perviva un clima de paz, para que impere la tolerancia y el respeto a la disidencia, para que se garantice plenamente el pluralismo político, para que se logre una convivencia civilizada entre los integrantes de la sociedad venezolana. Esto supone la confrontación democrática de las ideas, el respeto pleno al funcionamiento y actuación de los partidos y de todas las organizaciones de la sociedad”. Ese es un marco de acción con el cual nos sentimos identificados la inmensa mayoría de los americanos.

Señor Presidente Chávez, la terapia que usted le está aplicando a Venezuela está dirigida a resolver el grave distanciamiento entre los ciudadanos y los centros de poder que se creó a lo largo de los años. Y a ello se espera llegar con la construcción de un nuevo orden institucional que responda al carácter de la nación venezolana, que confronte los problemas contemporáneos de la Venezuela que usted recibió e interprete los anhelos de todos los ciudadanos de su patria. Solo el pueblo constituyente, que se va a dar una nueva Carta fundamental, sabe qué es lo que necesita, qué es lo que le ha servido y qué es lo que hay que cambiar, rediseñar o reinventar.

Aquí en la OEA estamos convencidos de que ese es el propósito de la Constituyente y que de ninguna manera él está relacionado con reeditar formas de autoritarismo, que ya todos hemos dejado atrás en América. Y que, por el contrario, y con el fin de asegurar que no se repitan, es necesario devolver a las instituciones su fuerza vinculante para que todos los sectores sociales, en particular los débiles, los humildes, los desposeídos, los jóvenes, los ancianos, los que son víctimas de discriminación, los indígenas, vean el nuevo orden constitucional y las nuevas instituciones políticas como protectoras de sus derechos.

Y en ese empeño hay que ver al proceso constituyente como una caja de herramientas y a la nueva Constitución como un instrumento de transformación y como algo verdaderamente relevante para la vida política y cotidiana de los venezolanos. Su valor, su impacto, su significado histórico dependerá de los actores políticos, sociales y económicos que la desarrollen, más que de la letra de la nueva Carta. Y eso es cuestión de sabiduría, prudencia, visión. Todos estamos confiados en que los Constituyentes, como los muchos otros partícipes de esta jornada que recién se inicia, están imbuidos de esos atributos y que miran y mirarán en usted, señor Presidente, un norte que los oriente.

Señor Presidente, de este proceso nacerá una nueva Carta política. De él se debe originar la democracia participativa que usted le ofreció crear al pueblo venezolano. Y es claro que la legitimidad de la nueva Constitución dependerá de su participación. Como usted lo ha dicho, esto no es un problema semántico, ni una redundancia, ni unas palabras de moda. Estamos frente a una nueva concepción de la democracia. En esta democracia participativa lo más importante es el poder del ciudadano. Hoy los inspiradores de la democracia participativa en Venezuela han desafiado las instituciones tradicionales para fundar sobre nuevos pilares un nuevo orden político, más legítimo, más respetuoso de la autonomía, de los derechos, de la libertad de cada persona; menos desigual y más justo, abierto a la convivencia de todos los grupos que conforman la nacionalidad venezolana.

Una nueva Carta, una nueva democracia, una sala constitucional para hacer de la Carta de la Quinta República un documento viviente, relevante para todos, sintonizado con la realidad del país, promotor del cambio y protector de los valores fundamentales de la democracia. Un Poder Judicial fuerte, ágil y autónomo, en el que la justicia esté al alcance de cada ciudadano. Un Congreso habilitado para discutir, de cara a la nación, cómo deben invertirse los recursos del Estado mediante un proceso democrático, transparente, deliberativo; un Congreso dotado de mecanismos para hacer más responsables a los funcionarios públicos y convertirse en la caja de resonancia de los grandes problemas nacionales.

En nombre de la OEA quiero expresarle que todos los pueblos aquí representados esperan que de este proceso surja una Venezuela con instituciones fuertes, representativas, eficaces, fruto de la voluntad mayoritaria de la nación. Y que surja una Constitución generosa en materia de derechos; amplia, participativa y democrática en cuanto a lo político; fuerte y sólida en lo que se refiere a la justicia; sana y responsable en lo económico, revolucionaria en lo social. De seguro será una Constitución democrática, hecha a muchas manos y estilos para recoger la diversidad, para ofrecer garantías a todos los grupos sociales, fruto de un gran debate en el que está participando todo el país, que sea un espejo de la nueva Venezuela.

No tengo duda de que será la expresión de la realidad viviente que confrontan los venezolanos, como ella es, llena de formas distintas, compleja, imbuida de necesidades de toda índole y movida por las ilusiones de millones de compatriotas. En síntesis, como dijera Bolívar, una Constitución “apropiada a la naturaleza y al carácter de la Nación”.

Señor Presidente, de seguro, como toda obra humana y dado que el proceso constituyente se da sin controles sobre la forma o el fondo del contenido de la Constitución, será necesario estar atento para que no se den desbordamientos y para que se sigan los más estrictos parámetros del constitucionalismo moderno; para que se garantice el sano equilibrio entre los poderes públicos; para que se asegure la independencia del Poder Judicial y las libertades básicas, comenzando por la libertad de expresión; para que se fortalezcan los mecanismos de control y se aseguren las condiciones para ejercer lealmente la oposición; para que, como lo señaló la convocatoria, se asegure el cumplimiento de los tratados y compromisos internacionales de su país; para que no se consagren normas que hagan difícil la búsqueda de la estabilidad económica o impidan el crecimiento.

Y, como usted mismo lo ha reclamado, para que el proceso culmine en un plazo razonable, de tal suerte que se resuelvan las incertidumbres que, sobre todo en el orden económico, suscitan todos los procesos constituyentes mientras se rediseñan las reglas de la democracia, se aseguran las libertades económicas y se conoce el marco de acción con el cual el Estado identifica las áreas de su competencia y establece la forma como ejercerá sus funciones de vigilancia, regulación y control. Estamos todos seguros de que usted estará atento a tales desarrollos como inspirador y guía del proceso y porque no de otra manera se asegura que la concepción política y las instituciones en que se funda el nuevo Estado tengan una vocación de permanencia.

Señor Presidente Chávez, señor Canciller, como ya lo señalé, en la OEA tenemos una agenda totalmente compatible con la suya, y estoy seguro de que, tanto de una vigorosa acción colectiva como de un rico intercambio de experiencias, su Gobierno podrá derivar elementos útiles a sus tareas, así como también lo harán el resto de los americanos de sus logros y realizaciones. Para ello resulta fundamental fortalecer los vínculos de confianza, solidaridad y cooperación. La presencia de la Embajadora Virginia Contreras asegura que se realice un trabajo serio, eficiente y útil para su país.

No puedo dejar de señalar el enorme impacto que en todas las latitudes se ha producido desde la noche misma de su elección, por la convicción, la claridad y la firmeza con las que usted ha respondido a centenares de preguntas e interrogantes sobre su programa, su política y sus propósitos de gobierno. Y todos los aquí presentes somos testigos de la inmensa atención que sus propuestas han encontrado en la comunidad internacional, así como de la solidaridad que se le ha ofrecido para encarar los complejos problemas políticos, sociales y económicos que Venezuela debe afrontar. Tal vez ningún otro Presidente de Venezuela en toda la historia ha comenzado sus tareas precedido del nivel de atención y expectativa que sus propuestas despiertan no solo en su país sino en la comunidad de naciones.

Y nadie duda hoy que el ambicioso conjunto de cambios y transformaciones que usted le ha ofrecido a su patria corresponde a necesidades sentidas de su pueblo que están a la espera de ver realizadas. De su sabiduría, de su tino, señor Presidente Chávez, de su enorme capacidad de convocatoria, como también de la prudencia y mesura de todos los protagonistas de la política venezolana, de sus agentes sociales y económicos, depende el que Venezuela pueda asimilar las elevadas dosis de cambio político y social que, en paz y con respeto y garantías para todos, usted le ofrece.

Venezuela se encuentra, entonces, al culminar este segundo milenio, en momentos cruciales de su devenir histórico. Y usted hará de cada uno de esos problemas una oportunidad, si su nación toda, y no solo usted, asume el desafío de levantar la mirada hacia un nuevo horizonte y se compromete a fondo en la construcción del futuro que Venezuela anhela y merece.

Y en todo este esfuerzo habrá que ensayar, tratar, experimentar ideas y hombres y mujeres también. No hay cómo acometer en nuestras naciones vastos procesos de reforma sin tomar riesgos o evadiendo lo que los anglosajones llaman el "*trial and error*". Estoy seguro de que su pueblo sabrá valorar los avances logrados y los tropiezos también. Así son las jornadas democráticas. En la OEA los pueblos y gobiernos de las Américas miran esperanzados un gobierno del que se espera le dé a Venezuela unidad, prosperidad, democracia, libertad, igualdad y justicia social. Que Dios lo ilumine y lo acompañe, Presidente Chávez. [Aplausos.]

El PRESIDENTE: Thank you, Mr. Secretary General.

PALABRAS DEL PRESIDENTE DE VENEZUELA

El PRESIDENTE: I now have the distinct honor and great pleasure to give the floor to the President of Venezuela, Mr. Hugo Chávez Frías.

El PRESIDENTE DE VENEZUELA: Excelentísimo señor Presidente del Consejo Permanente, excelentísimo señor Secretario General de la Organización de los Estados Americanos, sus respectivas esposas; señores Embajadores Representantes Permanentes, delegaciones del Continente, compatriotas venezolanos:

Yo, de verdad, comenzaré diciendo que me siento sobrecogido de emoción, de sentimientos cruzados, al venir a esta Casa de América, a esta casa continental. ¡Qué hermoso, además, recibir un día como este, en esta gran capital de esta parte del mundo! ¡Qué hermoso mirar ese haz de banderas multicolores, detrás de las cuales, de cada una y del conjunto, hay quién sabe cuántos sueños, cuántas

luchas, cuántas frustraciones, cuántos dolores, pero, sobre todo eso, cuántos amores vistos allí en un solo hermoso conjunto! ¡Qué hermoso venir a esta Casa y mirar estas columnas centenarias, esta fortaleza que como que refleja lo que queremos, fortaleza, diversidad, colorido, sol brillante! ¡Y cuánto más hermoso mirar la cara de ustedes en un contacto directo, mirar los rostros de hombres y mujeres de todo este inmenso continente, que bien creo que vale la pena que sigamos llamando el Nuevo Mundo, el nuevo continente, el mundo de la utopía, el mundo de los sueños!

Desde estas tierras del Norte y más allá, hasta la Tierra del Fuego, pasando por el inmenso Caribe, ¡qué tierra esta la nuestra!; ¡qué crisol de razas y de sueños, de colores y de luchas!; ¡qué siglos hemos pasado nosotros! En nuestros rostros, quizá en nuestra mirada y más allá en nuestra alma, se nota esta lucha americana que hoy retoma características originales, profundas, comprometedoras para todos nosotros. En las palabras de Su Excelencia el Presidente del Consejo Permanente y en las palabras del Secretario General, tan conocedor de la realidad de América y específicamente de la realidad de Mesoamérica, de Suramérica, se nota ese compromiso.

Yo, compatriotas del Continente, vengo por primera vez a este hermoso escenario, pues muy modestamente a inaugurar y a tratar de que por mi voz, como diría el gran poeta estadounidense Walt Whitman en su “Canto de mí mismo”, hablo por muchos. Ojalá que por mi garganta salga no mi voz, no mis caprichos, no mis pequeñeces, sino la sumatoria de muchas voces, la sumatoria de muchas pequeñeces, que, al fin, conforman la gran dimensión de un sueño colectivo, del sueño de un pueblo, de la lucha centenaria de un pueblo, un pueblo –lo decía mi buen amigo el Secretario General, doctor Gaviria, cuando hablaba de Bolívar en reiteradas oportunidades– un pueblo que ha dado señales a lo largo de su historia de ser un pueblo libertario y luchador.

Igual que los pueblos del Continente, el venezolano es un pueblo de poetas, de guerreros también, de mujeres y de hombres que han dado todo, como lo hizo Jesús el de Nazaret, si hace falta mi vida, pues también la doy por el futuro de todos. Venezolanos de la talla universal de Francisco de Miranda, por ejemplo, generalísimo, mariscal de Francia, peleador y combatiente aquí mismo en Norteamérica por la independencia norteamericana, precursor de la independencia, redactor de constituciones, pensador del mundo nuevo unido, el sueño de la Colombeia, de donde vino el nombre de la querida Colombia, de allá de la Colombeia, en honor a Colón el descubridor. Soñó Miranda la Colombeia y luego vino Bolívar y tomó la bandera y dijo “Colombia” y creó a Colombia. Por eso el nombre de Colombia resuena más allá de las fronteras de su país, que también es nuestro, y sentimos por él y por todos los países de esta América nuestra. Bolívar, de ahí venimos, sencillamente de ahí venimos, de un sueño, de una lucha, de una carga de siglos, porque realmente las ideas como esa, los proyectos como ese, nunca mueren.

Los poetas y los cantores lo han dicho a lo largo de los siglos. Como el peruano Choquehuanca, por ejemplo, cuando le cantó a Bolívar allá en las sierras del Perú y le dijo, en su famosa arenga: Con los siglos crecerá vuestra gloria como crece la sombra cuando el sol declina. O como el gran Asturias, de la Guatemala tan querida también, cuando dijo: Los hombres como tú, Libertador, no mueren, sino que cierran los ojos y se quedan velando. O como Martí, el cubano, de esa Cuba tan querida, cuando dijo: Ahora es que Bolívar tiene que hacer en América todavía. O como Neruda, el grande de Chile y del Continente y del mundo, cuando dijo: Bolívar despierta cada cien años, cuando despiertan los pueblos.

Creo que en Venezuela eso es lo que está ocurriendo, el despertar de un pueblo. Neruda tenía razón, sin duda. El despertar de un pueblo que estaba adormecido y yo diría que más que

adormecido, casi que muerto, porque nosotros lo sabemos. El concepto de pueblo va mucho más allá; la praxis de pueblo va mucho más allá de la sumatoria de un conjunto de personas que habitan un territorio. Para que un conjunto de personas –decía Juan Jacobo Rousseau, entre tantos otros– sea considerado un pueblo, debe tener una fuente común de la cual beber. O decía otro gran pensador: Para que un colectivo sea pueblo debe haber un hilo invisible que los una en el espíritu, una causa común. Decía otro pensador, Simón Rodríguez, otro venezolano universal, que para que haya repúblicas debe haber pueblo, y para que haya pueblo, los seres humanos de un territorio deben tener una mente republicana, es decir, una mente por la república, pensar en la *res publica*, en la cosa pública, en el colectivo, en la causa de todos.

Cuando las sociedades degeneran y se transforman en una lucha individual, cuerpo a cuerpo, hombre a hombre, mujer a mujer, por la supervivencia, allí no hay pueblo. Se pierde la fuente común. Se pierde el hilo invisible. Se pierde aquello que Bolívar decía en Santa Marta, muriéndose ya, en las costas del Caribe colombiano: Si mi muerte contribuye para que cesen los partidos –decía– y se consolide la unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro convocando la unión.

Así que, desde el punto de vista filosófico, político-ideológico, eso es lo que está ocurriendo en Venezuela. Y también desde el punto de vista real, político, concreto. Resurgió una idea. Un pueblo ha retomado un concepto de lucha; un pueblo ha retomado un sueño, un sendero que se había perdido desde hace varias décadas, largas y oscuras décadas. Venezuela había caído en una especie de tumba colectiva. Había una especie de rendición colectiva. Llegaron y se adueñaron del poder y de todos los estratos y ámbitos del poder pequeños grupos, que fueron degenerando lo que fue llamada en una época la democracia más perfecta de la América Latina o el modelo de democracia, pero eso se transformó en una gran mentira.

Conocedor como es de Venezuela, el doctor Gaviria, en sus palabras, describía la realidad de un país que fue entrando en caos, en crisis moral, en crisis económica, en crisis social, en crisis política, y cayó en una especie de tumba. Hoy levantamos la bandera bolivariana en Venezuela y esa idea se ha transformado en un motor que está moviendo a millones de seres humanos en una dirección que está impulsando las luchas de un pueblo.

Ahora, ¿cómo esa bandera de Bolívar, esa idea bolivariana múltiple, está reflejándose en la lucha concreta de todos los días en la Venezuela naciente de hoy? Temas importantes para reflexionarlos aquí, entre todos y, especialmente, dado este proceso, a veces perturbado por opiniones o por rumores que muchas veces ponen a dudar, con razón, a mucha gente fuera de Venezuela sobre el proceso interno.

Queremos y agradecemos la ocasión de esta reunión de ustedes acá y su tiempo para oírnos, porque nos permite hacer algunas reflexiones y pintar algún cuadro a ver si contribuimos, es nuestro deseo, a la mejor apreciación, la más clara, la más precisa, de lo que pasa en Venezuela hoy. Y creo que es necesario que hagamos ese esfuerzo porque es posible que el proceso venezolano pudiera dejar, de alguna manera, alguna pequeña enseñanza para otros pueblos hermanos.

Al menos por el lado de lo malo es importante que ustedes conozcan lo que pasó en Venezuela en los últimos cincuenta años. ¡Por Dios! Yo le pido a Dios que ningún otro pueblo del Continente o del planeta sea sometido al proceso de degeneración al que fue sometido el pueblo noble y estoico de Venezuela, que aguantó paciente año tras año, día tras día, noche tras noche, un gobierno y otro gobierno que hablaban de democracia, de derechos humanos, de igualdad y de justicia, y

llegaron a saquear a un país y saquearon a un país y empobrecieron a un país y llenaron de indignación a un país. Y ese país y ese pueblo tan noble que ha buscado, con paciencia, con dolor, enterrando a sus hijos, llorando a sus muertos de hambre y de miseria, clamando justicia, sin embargo, ha conseguido un camino pacífico. Porque en otras regiones, en otros pueblos, por tragedias menores a la que ha vivido el pueblo venezolano, han ocurrido conflictos violentos, que a veces han perdurado durante décadas.

Sin embargo, en Venezuela, quizá impulsados por ese espíritu libertario, democrático, pacífico, hemos venido construyendo, porque no es que hemos conseguido un camino. Yo más bien me atrevo a repetir otro poema de otro gran latinoamericano, como es don Pedro Mir, de ese Santo Domingo palpitante, de ese Caribe palpitante, cuando dice: Si alguien quiere saber cuál es mi patria no la busque, tendrá que luchar por ella. Si alguien quiere saber cuál es el camino, no lo busque, tendrá que construir ese camino o ayudar a construirlo.

Y eso es lo que estamos haciendo en Venezuela: construyendo un camino en paz y en democracia. Yo creo que eso tiene que ser evaluado con justicia y con objetividad, como está siendo, cada día con mayor intensidad, por el mundo americano y por el mundo entero.

Venezuela, desde hace ya varios años, y especialmente el año pasado, 1998, las últimas elecciones presidenciales del siglo XX, pues tomó cuerpo un proyecto concreto extraído de la idea bolivariana. Ustedes saben, Bolívar planteó, entre tantas cosas, aquella idea de que el sistema de gobierno más perfecto debe ser el que le dé a su país, a su pueblo, la mayor suma de felicidad posible, la mayor suma de seguridad social posible y la mayor suma de igualdad y de estabilidad posible. Se refería a los gobiernos democráticos, como Lincoln también, cuando decía: gobiernos democráticos, del pueblo, por el pueblo o para el pueblo.

Y esa idea nos ha llevado a diseñar un mecanismo concreto de salida, la construcción de una salida concreta. Así que, inspirado por la idea bolivariana, desde hace varios años, decía, pero especialmente desde 1998, tomó cuerpo en el país la idea de convocar al poder constituyente, que es el poder soberano de la nación, el poder creador de un pueblo, para crear otra realidad, para reconstruir el edificio que se vino abajo; las estructuras se vinieron abajo, se pudrieron. La estructura política está por el suelo. Realmente, yo soy Jefe de Estado, pero siempre me pregunto a mí mismo, ¿de qué Estado soy yo Jefe, Dios mío? Es un Estado desmoronado. Soy Presidente de una República, pero, ¿de qué República soy yo Presidente Dios mío? ¿De qué instituciones? Yo le pido a Dios que sea el último Presidente de esta época, de esta vieja República, de este viejo Estado venezolano, de medio siglo.

Y es posible que, a lo mejor, sea el primer Presidente de la nueva República, de esa Quinta República a la que se refería el Secretario General, a ese nuevo Estado. Es un salto de transición, de transformación. Es el fin de una época y el comienzo de otra. Es el fin de la noche y el comienzo del día. Es el fin de un modelo, de un paradigma, y el nacimiento de otro. Es una fase de mutación, nada fácil de interpretar y mucho menos fácil para transitar, para vivirla.

El camino constituyente lo hemos definido como el único camino pacífico y democrático posible para Venezuela. Por eso nos estamos jugando la vida en el proceso. Si llegase a fallar, Dios no lo quiera, y nosotros, además de pedirle a Dios, aplicamos aquello de que a Dios rogando y con el mazo –que usted tiene ahí– dando. Sí. Dios no quiera, si el proceso constituyente venezolano llegase a fallar por alguna razón, en Venezuela puede ocurrir cualquier cosa, hermanos, porque la esperanza

de un pueblo está puesta en este proceso. Dios no quiera, y eso estoy seguro de que no va a ocurrir, estoy haciendo un supuesto negado, porque estamos luchando con el alma, con todas nuestras fuerzas para que no se caiga ese proceso. Es una salida pacífica a un conflicto terrible, explosivo, peligrosísimo, una bomba de tiempo, movido por el hambre, por la miseria, por la exclusión social, por el desespero de millones, no son miles, son millones.

Así que la propuesta constituyente, claro que ya la traíamos de hace tiempo, y yo no voy a aguantar la tentación de comentar ese “hace tiempo”. Ustedes saben que hay muchos respetados y respetables asesores de imagen que a uno le dan recomendaciones, y a mí algunos me recomiendan que no hable de 1992, pero yo no puedo dejar de hablar en un escenario como este de 1992: Venezuela, un supuesto golpe de Estado, digo “supuesto” porque realmente no fue eso. Aquel hecho en el cual yo participé con un grupo de venezolanos fue una rebelión, que es muy distinta a un golpe de Estado, de gorilas, de cúpulas militares que salen con un plan preconcebido para perseguir y fusilar y matar. No; fue otra cosa. Fue por allí por donde pudo salir una válvula de escape a un conflicto terrible que estaba latiendo hace muchos años y que, como ustedes lo saben, ya había tenido una expresión violenta, terrible, unos años atrás, en 1989, cuando ocurrió la tragedia del “caracazo”; cuando el pueblo salió a protestar y el gobierno “democrático” de entonces ordenó a las Fuerzas Armadas reprimir salvajemente las manifestaciones y la protesta de calle. Y hubo muertos por centenares, y no por las balas de un ejército invasor, sino por las balas de nuestras propias Fuerzas Armadas. Yo vi con estos ojos niños atravesados por balas de fusil en las calles de Caracas.

Pues, desde 1992, cuando nosotros tuvimos la osadía, sí, lo reconozco y pido perdón, siempre lo he hecho, por la osadía, pero alguien tenía que hacerlo; en Venezuela alguien tenía que levantar alguna bandera y llamar a todos a la regeneración moral, a darse golpes de pecho y a tener, además, acciones concretas. Alguien tenía que agarrar un látigo, por utilizar aquel hecho cuando Jesús de Nazaret tomó un látigo y sacó a unos mercaderes del templo. Desesperado, fue, sí, un acto desesperado, pero acto al fin. Pero desde entonces nosotros traíamos la idea de llamar a Constituyente –y un poco impulsados por ustedes, que ya habían tenido en Colombia, en 1989, 1990, 1991, bajo la Presidencia suya, por cierto, un proceso constituyente–, como ocurrió felizmente en Colombia. Pues nos llegaron los tambores constituyentes desde Colombia y nos emocionaron con la idea de convocar ese poder extraordinario para rehacer las instituciones y buscar salidas democráticas.

Ahora, siete años después, pues ese proyecto tomó calle, tomó cuerpo y se hizo pueblo. Y Venezuela toda se fue a un proceso el año pasado, un proceso electoral donde el país recuperó, en buena medida, su credibilidad, perdida ya años atrás, en los procesos electorales. La democracia venezolana había sido revestida de altos niveles de ilegitimidad por la poca participación, por el desdén del colectivo nacional. Estaba quedando para algunas cúpulas, algunos sectores politizados, partidos, etcétera, pero, como decía Gaitán, el país político estaba muy lejos del país nacional; había dos países separados.

El año pasado, el país nacional se fue sobre el país político a participar y hubo un alto nivel de participación en las elecciones y en el proceso electoral mismo; hubo un debate encendido por todas partes, libre y abierto. El único candidato que cargaba la bandera constituyente, pues era Hugo Chávez Frías; los demás se negaban, los demás atacaban el proceso. Pero fue un debate de un año completo, intenso debate por los medios de comunicación, en la calle, en los grandes actos de concentración popular. Nosotros andábamos “Constituyente, Constituyente, Constituyente”. Y dijimos lo que íbamos a hacer. Cuando nos preguntaban, “¿y cómo van a llegar a esa

Constituyente?”, decíamos: “Vamos a firmar un decreto presidencial convocando a referéndum para que sea el país el que decida”. Y eso fue lo que hicimos.

Nuestra Constituyente tiene raíces profundamente legítimas, democráticas. Estamos rehabilitando la democracia y el contenido esencial de lo que tiene que ser una democracia. Unas elecciones libres donde con 60% casi ganó el candidato, el único que repitió la consigna millones de veces, llamando a todos, “Vamos a Constituyente; ese es el camino”. Y por ahí se fue la mayoría. Así que yo fui elegido presidente con ese compromiso, entre tantos otros, de impulsar el proceso constituyente. Y lo hemos hecho.

Debo decirles con mucho optimismo que en apenas siete meses de gobierno, pues ahí está la Asamblea. Realmente hasta uno mismo se sorprende cuando mira el camino atrás. Realmente no pensaba yo, en mis interioridades, que en el mismo año 1999 íbamos a hacer el referéndum, como lo hicimos; el decreto, en primer lugar, lo firmé apenas llegué al Palacio de Gobierno. El primer acto de gobierno fue para cumplir con el país: firmé un decreto llamando a referéndum. Luego hicimos el referéndum el 25 de abril, primer referéndum que se hace en toda la historia venezolana. Nunca jamás, antes, un presidente había convocado a su pueblo a referéndum en Venezuela. Se hizo el referéndum, a pesar de que fue impugnado más de veinte veces en la Corte Suprema de Justicia, pidiendo que se eliminara el referéndum. Pedían algunos sectores de estos que quieren que el país siga igual y termine de hundirse, será algunos por insensatez, otros quizá por temores, pero siempre es así la historia: los que queremos los cambios y los que se oponen a los cambios. Siempre ha sido así y para siempre será así.

Sin embargo, la Corte Suprema validó, como tenía que hacerlo, el referéndum, el llamado a referéndum, el decreto presidencial. Hicimos el referéndum el 25 de abril. Noventa y dos por ciento de los votantes dijeron “sí” a la pregunta ¿Convoca usted una Asamblea Constituyente para que transforme el Estado y diseñe o cree un nuevo ordenamiento constitucional? Noventa y dos por ciento dijeron “sí”, convoco. El pueblo convocándose a sí mismo. Se hicieron las elecciones, amplias, libres, con la más absoluta libertad de prensa, libertad de expresión, libertad de participación. Hasta a los indígenas los hemos llamado, “vengan”. Y por primera vez en la historia los indígenas en Venezuela salieron de sus selvas, de sus montañas, a hacer asambleas y eligieron tres representantes, de 131 se les dio espacio para tres representantes aborígenes, además de un cuarto que fue elegido por un estado, el estado Zulia, la dirigente wayú Atala Uriana, quien había sido Ministra del Ambiente en el comienzo de mi Gobierno y renunció para irse al proceso constituyente y sacó la más alta votación en el estado Zulia, que es uno de los más grandes del país, y es una dirigente indígena wayú, de la etnia wayú.

Los indígenas, los estudiantes, los sectores religiosos, las ONG, los sectores ambientalistas, los partidos políticos, los viejos, los nuevos, participamos todos allí. Al único a quien le prohibieron participar fue a mí, sí, y esa es la única mancha que tenemos en estos meses. Yo le decía ahora a la Comisión Interamericana de Derechos Humanos que la única mancha que tenemos de libertad de expresión es que en Venezuela, en esta fase, suspendieron un programa de radio y un programa de televisión, pero con la particularidad –ustedes no me van a creer, a lo mejor– de que fue al Presidente al que le suspendieron un programa de radio y un programa de televisión. Y para dar ejemplo de tolerancia, a pesar de que la medida fue arbitraria, nosotros aceptamos la suspensión, acusados de que estábamos participando en la campaña para la Constituyente, donde, por cierto, mi esposa Marisabel decidió irse de candidata.

Cuando me suspendieron el programa, porque yo oí que andaba promocionando a los candidatos, pues yo les preguntaba a mis adversarios –me multaron incluso y tuve que pagar una multa, que la recogió el pueblo en las calles y llevó el dinero al Palacio en camiones llenos de billetes y de monedas pequeñas–, les preguntaba a quienes me criticaban por lanzar líneas orientadoras del proceso, a título de chiste, por supuesto, que si es que ellos pensaban o querían que yo me separara de Marisabel. Ella es mi esposa y estaba en el proceso constituyente y, según ellos, yo no podía mencionar, ni andar, ni tocar a ningún candidato, porque estaba apoyándolo. Con esa excusa me multaron y además me suspendieron un programa de radio y un programa de televisión que tenemos todas las semanas y que ahora otra vez están en el aire y cuyo único objetivo es tener contacto con la población, porque ahí va la gente y llama por teléfono; se presentan en el estudio, denuncian, intervienen. Hemos salvado vidas incluso a través de llamadas telefónicas de gente que acude a las estaciones de radio y televisión.

Les decía que en apenas estos meses hicimos todo eso y ni un solo hecho de violencia que lamentar, a pesar de que hay sectores que han querido provocarnos. Han querido provocarnos, pero descaradamente. El 5 de julio fue un hecho patético; Día de la Independencia, día grandioso para el país y, pues, me corresponde ir al Congreso, a la sesión del Congreso. Yo fui al Congreso y allí fui insultado, pero un insulto público, delante de todo el país, por una persona escogida por las mayorías de adversarios en el Congreso con ese objetivo. Estaban provocándome hasta en el plano personal, a ver si yo perdía el control, y no, no. Un dirigente tiene que dar muestras de tolerancia y de aguante; si no, no es. Yo lo he tomado más bien como una prueba personal, para ser cada día más tolerante y aplicar aquello que dice nuestra doctrina católica, cristiana, si te dan una cachetada, pues volteas y que ten den la otra, para demostrar que tienes paciencia y que puedes, como la piedra, aguantar el sol, la lluvia, la ofensa, las condiciones más duras. Creo que eso es necesario.

Pero, en todo caso, se instaló la Asamblea, hermanos. La Asamblea se instaló el 3 de agosto y la Asamblea, pues, está conduciendo con altura y magnanimidad un proceso de transición. Se ha logrado un acuerdo de co-habitación, digámoslo así, con los poderes constituidos. Ha habido empeños de perturbar este proceso, pero la Asamblea ha logrado, a través del diálogo con diversos sectores nacionales, que la situación, pues, vaya moderándose y equilibrándose.

Me informaban tres días antes de salir, que ya más de la mitad de la nueva Constitución, del proyecto de nueva Constitución, está diseñado, está redactado. Eso habrá que llevarlo a otro referéndum popular, pudiera ser en noviembre o diciembre, porque eso también lo fijamos en el referéndum inicial. No podrá aprobarse la nueva Constitución, no entrará en vigencia, hasta que no sea aprobada por la mayoría del país en otro referéndum nacional. Es un proceso, de principio a fin, absolutamente democrático, amplio, legítimo. Y es que queremos que nazca así, porque, como dice el dicho popular, árbol que nace torcido nunca su rama endereza. Queremos que nuestro árbol nazca derecho, que nuestro modelo político, social, nuestra democracia nueva, nuestra República nueva, nazca derecha, como tiene que nacer. Y va a nacer, como está naciendo.

Eso, pues, en lo político, hermanos. Más allá de lo político, en Venezuela hay una gran discusión, hay un gran debate que pudiera ser adecuado tomarlo en cuenta para que lo demos en todo el Continente, yo creo que sí, y es otra de las cosas que quiero decir aquí hoy en esta Casa de América, el debate sobre los modelos políticos, el debate sobre la democracia. Como ya lo hemos oído y ustedes lo han debatido quién sabe cuántas veces, ¿qué es la democracia? Bueno, miren, lo que existió en Venezuela, no, no. ¡Por Dios, no! Por favor, no. La llamada democracia venezolana de los años sesenta, de toda la década de los setenta, de toda la década de los ochenta y buena parte de

los noventa, gracias a Dios, vamos a terminar ya el siglo saliendo de allí, cuarenta años, no, por favor no, permítanme sugerirles, no, por ahí no.

La democracia debe tener un contenido fundamentalmente social, en primer lugar. El problema no es político, lo político es un medio. El problema no es económico ni siquiera, lo económico también es un medio. El hombre es el fin; el ser humano, la mujer, el niño, ese sí es el objetivo de la democracia. Decía Jesús: El hombre, el Alfa y la Omega, el comienzo y el fin.

Y si no, ¿para qué vamos a la Luna o a Marte, si se mueren los niños de hambre en los pueblos de América Latina o en los pueblos de Norteamérica o, donde sea, en Asia, en África, en Oceanía, en Europa? ¿Para qué las telecomunicaciones y el mundo globalizado, si siguen las mujeres desnutridas pariendo niños desnutridos en los pueblos subdesarrollados? ¿Para qué, entonces? No tendría sentido todo eso. Es el sentido humano de justicia el que tiene que impulsar las luchas políticas, los procesos económicos.

Por eso, hermanos de América, compatriotas todos, y digo compatriotas por bolivarianos – porque así decía Bolívar, la patria es la América para nosotros– de verdad creo que es muy importante en este fin del siglo y comienzo de otro que debatamos a fondo qué es la democracia y para qué la democracia y revisemos un poco atrás a ver si es posible que retomemos cosas que se fueron quedando, a lo mejor olvidadas, en los caminos, producto de este siglo de turbulencias, de guerras mundiales, de bombas atómicas, de racismos, de tiranías.

Lincoln decía –creo que lo dije hace unos minutos ya–: democracia, gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo. Ahora resulta que en muchos escenarios, cuando alguien habla del pueblo, entonces lo tildan de populista. A mí me dicen populista. Bueno, ya no me ofende; pero yo no soy populista. Populismo es, en mi criterio, lo que ocurrió en Venezuela en estos últimos años, hablar a nombre del pueblo para clavarle la estaca en el pecho al pueblo, para robarle al pueblo lo que le pertenece: yo vengo a luchar por el pueblo, pero estoy robando al pueblo, por debajo, quitándole sus derechos. Eso sí es populismo, es decir, una degeneración de las luchas populares por los derechos humanos del colectivo. Pero yo sí creo que tenemos que llenar de contenido, así como este vaso está lleno de agua –bueno, yo creo que es agua, ¿no?–, H₂O, un vaso con agua, una democracia con pueblo, H₂O. Decía yo hace unos días en un discurso a la Asamblea Constituyente: P₂R, P², o P₂R, como H₂O. P: pueblo, pueblo₂; R: revolución, una revolución social y moral.

Conveniente todo eso, yo creo. Invito, pues, a que continuemos debatiéndolo, y me incorporo a este escenario. Ya tenemos nuestra Representante, que veo ha llegado con buen pie, por sus palabras, y además por la calidad que le conocemos a nuestra Embajadora Virginia Contreras, Representante Permanente en este cuerpo de América.

Hemos venido a hacernos presentes y a traer la voz, ojalá que por muchos, no por uno, pero realmente creo que nuestros pueblos, los pueblos de San Vicente y las Granadinas, de Grenada, de El Salvador, de la República Dominicana, del Canadá, de los Estados Unidos, de Honduras, de México, de Panamá, de Guyana, de Antigua y Barbuda, de Belice, de Chile, de Santa Lucía, de Trinidad y Tobago –la vista la tengo más o menos buena–, creo que todos nuestros pueblos a veces en silencio hablan, muchas veces gimiendo hablan, creo que nuestros pueblos claman por una discusión a fondo sobre la democracia, *demos*, pueblo, *cracia*, gobierno; démosla. Y mientras discutamos actuemos, eso sí, porque no podemos pasar mucho tiempo discutiendo, la idea y la acción concreta, la dialéctica necesaria para impulsar los cambios.

Otro tema –yo no sé cómo estará mi tiempo ya, creo que me están haciendo señas por allá; hay gente que se pone por allá a hacerle señas a uno, pero yo no veo esas señas a veces–, de profunda discusión, adecuada, necesaria, hermanos, tiene que ser el tema sobre los modelos económicos. Los modelos económicos, así como los políticos, no queremos tirarlos, no, no queremos dictaduras de ningún signo, no, pero discutamos qué democracia y vamos por ella, vamos a hacerla, como decía o nos llama el poeta Pedro Mir, de Santo Domingo. Pero no podemos tampoco quitar del vaso lo económico, todo está allí. Creo que Capra tiene razón cuando habla de esta visión ecológica y holística y dice que el modelo cartesiano ya pasó a la historia, aquello de dividir la realidad por partes para entenderla mejor y solucionarla, lo económico aparte, vamos a estudiar lo económico aquí y en el otro salón estudiamos lo social, y allá, más allá de la calle, estudiamos lo político y luego venimos a ensamblar. No.

Craso error creo que hemos cometido muchos en buena parte de este siglo. Tratar lo económico por un lado, el gabinete económico y ahí se soluciona lo económico, y lo social aparte, y dame tus soluciones y las tuyas a ver si yo las ensambló. No, eso no funciona hoy, en nuestro criterio. Entonces, lo económico hay que discutirlo en conjunción con lo político; lo democrático incluye lo económico. ¿Cómo va a ser democrático, por ejemplo, el caso venezolano, cuando menos de un 5% de venezolanos absorben casi la mitad del ingreso nacional? ¿Cómo va a ser democrático un pueblo empobrecido, sin trabajo y los que tienen suerte de mantener un empleo tienen salarios por debajo de la cesta básica alimentaria? Esa es la realidad hoy de Venezuela, un salario de 120.000 bolívares, por ejemplo. Aquí está el Ministro de Finanzas. ¿Cuántos dólares es eso, Ministro?, usted que multiplica rápido. El Ministro de Finanzas es un muchacho de cuarenta años, menos mal que tiene cuarenta años, porque ¡cómo aguanta! Un salario de 120.000 bolívares para alimentar a una familia cuando la canasta de alimentos está en trescientos y tantos mil bolívares, eso no puede ser democracia.

La democracia tiene que incluir lo económico, pero por supuesto. ¡Ah!, ¿vamos a votar todos muertos de hambre? ¿Qué pueblo puede vivir y sentir su democracia desempleado, desnutrido, con sus hijos sin escuela, sin hospitales, sin medicina, sin deportes, sin vida? Una inseguridad terrible en todas partes. Y esa es una realidad profunda hoy en Venezuela, una economía destrozada. Seguimos dependiendo solo de una variable exógena: el precio del barril de petróleo. Queremos salir de esa dependencia, la esclavitud del petróleo. Y la quiebra del país: las microempresas, las pequeñas empresas, las medianas empresas; además de eso, la inflación, la recesión, etcétera. Hemos venido también actuando en eso. Hay algunas críticas que dicen, a nivel internacional, que nosotros hemos olvidado lo económico. No, mentira. Estamos trabajando tan arduamente en lo político como en lo económico. Lo que pasa es que son dos elementos que se comportan de una manera distinta, como el hidrógeno y el oxígeno también se comportan, cada cual tiene su propia característica.

En lo económico –lo decía el Presidente Gaviria, y veo que le han llegado nuestros informes, Presidente, y, además, que los ha leído, ¿no?, está bien empapado de todo lo que estamos haciendo en lo económico– algunos signos de recuperación ya son visibles.

Hemos estado haciendo leyes, cuarenta leyes. Por aquí está el Ministro de Planificación, Jorge Giordani, que es uno de los rectores del diseño de una serie de leyes, de orden económico casi todas, para sentar un nuevo piso. Hemos reducido el gasto público. Hemos hecho leyes en el Gobierno porque el Congreso nos dio al comienzo del Gobierno una Ley Habilitante; nos habilitó para hacer leyes, una ley del gas para la inversión y el desarrollo de la industria del gas; una ley

eléctrica, una ley de minas, una ley de protección y promoción de inversiones. Tenemos esas leyes, que no existían en Venezuela; no hubo Congreso en cuarenta años que las hiciera.

¿Creen ustedes que en todo el siglo hubo alguna ley eléctrica, por ejemplo? A pesar de que Venezuela es un país con un potencial eléctrico increíble, nunca hubo una ley eléctrica; ahora sí la hay, porque la hicimos desde el Gobierno y la firmamos en Gabinete Ejecutivo; una ley de concesiones para atraer inversiones, pero hacer cristalinas las concesiones para construir vías férreas, carreteras, viviendas, hospitales, autopistas, puertos, etcétera; una ley de licitaciones para licitar las obras públicas, los contratos, de manera cristalina. Es decir, hemos estado armando, y nos queda todavía un mes de plazo –la Habilitante fue dada por seis meses–, nos quedan pocos días. Estamos acelerando otras leyes que tienen que ver con lo social; por ejemplo, los fondos de pensiones, los fondos de jubilaciones; tenemos listo el proyecto para ser discutido este viernes, tan pronto lleguemos de nuevo a Venezuela. Estamos armando el piso jurídico de leyes y reglamentos para el relanzamiento económico del país.

Además, hemos logrado algunos éxitos pequeños en lo macroeconómico. La inflación ha caído a un mínimo en diez años, a pesar de la perturbación política. Por eso es que tenemos mucho optimismo, porque, a pesar de tanta perturbación política, la inflación ha caído a un mínimo en diez años; los capitales no se han ido, como algunos dicen o piensan, no; se han mantenido las reservas internacionales, han crecido un poco, incluso, por encima de los 14 millardos de dólares, a pesar de que hemos estado pagando la deuda externa, que es un peso bien fuerte, que es otro tema importante de discutir. Además, hemos establecido y logrado una estabilidad cambiaria excelente; se recuperaron los precios del petróleo, como todos sabemos. Además de eso, se han incrementado en un mínimo pero se han incrementado las inversiones internacionales. Es decir, hay signos evidentes de mejoría en el drama económico venezolano y tenemos mucha fe en que el año que viene, el 2000, será el año del relanzamiento económico y, por tanto social, de Venezuela y también político.

En lo social, hemos puesto en marcha, lo decía el doctor Gaviria, un plan que ha generado también dudas, pero queremos aclararlas. Queremos aclararlas, no se trata de un plan de militarización de Venezuela, como uno lee u oye a algunos voceros o algunas corrientes internacionales. No, hermanos. Yo soy militar, pero militar como mis compañeros de armas que están allá, un grupo de ellos, formados para la democracia y formados con un principio bolivariano. Y ahora, por primera vez en muchos años, en vez de mandar a los militares con fusiles a la calle a rociar de plomo los barrios populares, a reprimir manifestaciones, los militares estamos en la calle con su Comandante en Jefe al frente –ese es mi cargo según la Constitución– y con sus comandantes naturales. Ya no andan con fusiles apuntándole a la gente, no. Andan con medicinas, con médicos, con hospitales de campaña, atendiendo emergencias médicas en los barrios; andan con sus vehículos militares buscando allá en los sitios de producción los artículos de consumo para llevarlos a las grandes ciudades y abaratar el costo de la comida, porque hay mucha hambre y mucha miseria; andan construyendo viviendas junto a voluntariados, junto a las comunidades; andan reconstruyendo caminos, carreteras, levantando puentes, atendiendo damnificados por las lluvias y los huracanes; andan haciendo labor humanitaria, estrechados junto a su pueblo como tiene que ser. Y he ahí otro tema, que hoy lo dejaré solo pendiente, pero me parece un tema también para todo el Continente: ¿cuál debe ser el papel de los militares en el Continente? ¿Cuál debe ser el papel de las fuerzas armadas, para reprimir a sus propios pueblos o para unirse con sus pueblos, buscando mejor situación de vida para todos? Nosotros optamos por este último, como estoy seguro de que optan todos los pueblos y las fuerzas armadas del Continente.

Bien, tantos temas para el debate. La educación, ¿cómo se va a privatizar la educación? En Venezuela, en los últimos años, la educación se vino privatizando, igual que la salud. Esos son derechos humanos fundamentales; no podemos privatizar la salud y la educación, es privatizar la vida. ¡Cuántos niños en Venezuela no han estado en los últimos años por fuera de la educación, porque sus padres no tienen dinero para pagar la inscripción y la comida! Hemos comenzado ahora, en una primera fase, un modelo educativo. Lo hemos llamado las “Escuelas Bolivarianas”. En Venezuela comenzó el año escolar ahora el 16 de septiembre, para lo cual modificamos un reglamento de la Ley de Educación para ampliar el número de días de clase y llevarlo casi a 200 días de clase en el año. Hemos adelantado el inicio del año escolar. Pero, además, hemos estado inscribiendo niños en las escuelas públicas sin cobrarles, como tiene que ser. Quiero decirles, y una cifra puede significar mucho, que en apenas estos meses hemos logrado que se incremente el número de alumnos en las escuelas públicas. ¿Saben en cuánto? Yo mismo estoy sorprendido; jamás pensamos que esto iba a ser como esa explosión de júbilo educativa. Seiscientos mil niños que no estaban en la escuela empezaron clases hace cuatro días; estamos por casi tres millones y medio de alumnos, ahora, cuando eran dos millones quinientos mil aproximadamente. Bueno, y sin cobrar, como tiene que ser la educación pública.

Y educación completa, integral: deportes, atención médica en la escuela, desayuno, merienda y almuerzo para los niños en las escuelas públicas, porque las instituciones privadas, pues seguirán funcionando igual que el mercado, la economía privada, la propiedad privada. Es una coexistencia entre el Estado, el mercado, la propiedad pública y la propiedad privada, la República, y, más allá, el ser humano, que es el objetivo del Estado, del mercado, de las leyes y de las instituciones; el hombre y sus valores, el ser humano y sus hermosos valores.

Hermanos, yo tendría tantas cosas que hablar en este escenario, pero volveré. Y espero que quienes quieran ir a nuestro país, que es de ustedes, vayan. Vayan a pasar los días que quieran, para que vean algo hermoso; primero, algo doloroso, porque los signos del tiempo del que estamos saliendo están allí visibles y seguirán estando visibles por varios años más; pero algo hermoso, porque está naciendo un proceso nuevo, democrático, humanista, hermoso, pacífico. Y ese proceso lo ponemos a la orden del mundo y, especialmente y primero que nada, a la orden de todos los pueblos hermanos del Continente, desde Norte hasta Suramérica, pasando por Centroamérica y el Caribe.

Así que, a nombre de nuestro pueblo, para ustedes, un abrazo de corazón. Y estaba recordado, para terminar con esto, una de las leyendas de la antigüedad: el caso de aquel guerrero espartano que se llama Leónidas y la Batalla de las Termópilas. Defendiendo a Esparta, Leónidas colocó a sus guerreros cerrando el paso a la invasión que venía del Oriente, que venía del Asia. Y cuenta alguien –qué sé yo qué poeta y qué escritor– que un viajero iba pasando y Leónidas lo llamó poco antes de la batalla, ya ubicado en posición y venía el avance de la tropa invasora. Leónidas le dijo al viajero: Viajero, ven acá, anda y dile a Esparta que hemos muerto aquí por obedecer sus leyes. Y murieron todos allí, en las Termópilas, pero salvaron a Esparta de la invasión bárbara.

Yo hoy no vine a hablar de muerte ni de guerra. Más bien me atrevo a decir: Ojalá, viajero como soy por este mundo, interpretando el sentimiento del pueblo al que pertenezco, con orgullo, con humildad y con dignidad, vengo a decirles a ustedes, hombres y mujeres de América y del mundo, cumpliendo un mandato del pueblo venezolano, vengo a decirles que ese pueblo venezolano está renaciendo por obedecer sus sueños, que no es otro que el sueño de una América libre, unida, democrática, desarrollada; que es, meramente, el sueño de Simón Bolívar, y que ponemos ese sueño a

la orden, en el corazón y desde nuestro corazón, de todos ustedes, queridos amigos y queridas amigas.
[Aplausos.]

El PRESIDENTE: Thank you very much, President Chávez. I ask that the distinguished representatives remain in their places as the President of Venezuela leaves.

El PRESIDENTE DE VENEZUELA: Gracias, señores. Muy buenos días. [Aplausos.]

[El señor Presidente de Venezuela abandona la sala acompañado del Secretario General y la delegación oficial.]

El PRESIDENTE: The meeting is adjourned.

